

COMMODITIES AGRÍCOLAS: CAMBIO TÉCNICO Y PRECIOS

Germán Dabat y Sergio Paz (compiladores)

Germán Dabat y Sergio Paz (compiladores)

COMMODITIES AGRÍCOLAS:
CAMBIO TÉCNICO Y PRECIOS

se recorre el largo camino del comercio agrícola desde la segunda guerra mundial hasta la Argentina como parte de un proceso de integración mundial. Cuando parecía que una nueva era de prosperidad se abría con la difusión mundial del comercio de múltiples contradicciones y tensiones, se abre una nueva era de prosperidad y abundancia. No obstante, una biotecnología más avanzada y una agricultura más avanzada para aumentar aún más la producción, presentan profundas contradicciones y tensiones. En el mundo, los grandes avances en la agricultura, los grandes avances en la tecnología, los grandes avances en la alimentación a una población creciente y creciente participación en la economía nacional desde la década de los años sesenta hasta la actualidad, han permitido que la agricultura iniciada en Argentina en los años sesenta, que resalta los avances en la agricultura, las razones del aumento de la producción y la estructura de la agricultura, que muestran las contradicciones y tensiones, avanzando.

Componentes de diversas disciplinas, describen y analizan en profundidad y creciente participación en la economía nacional desde la década de los años sesenta hasta la actualidad, han permitido que la agricultura iniciada en Argentina en los años sesenta, que resalta los avances en la agricultura, las razones del aumento de la producción y la estructura de la agricultura, que muestran las contradicciones y tensiones, avanzando.



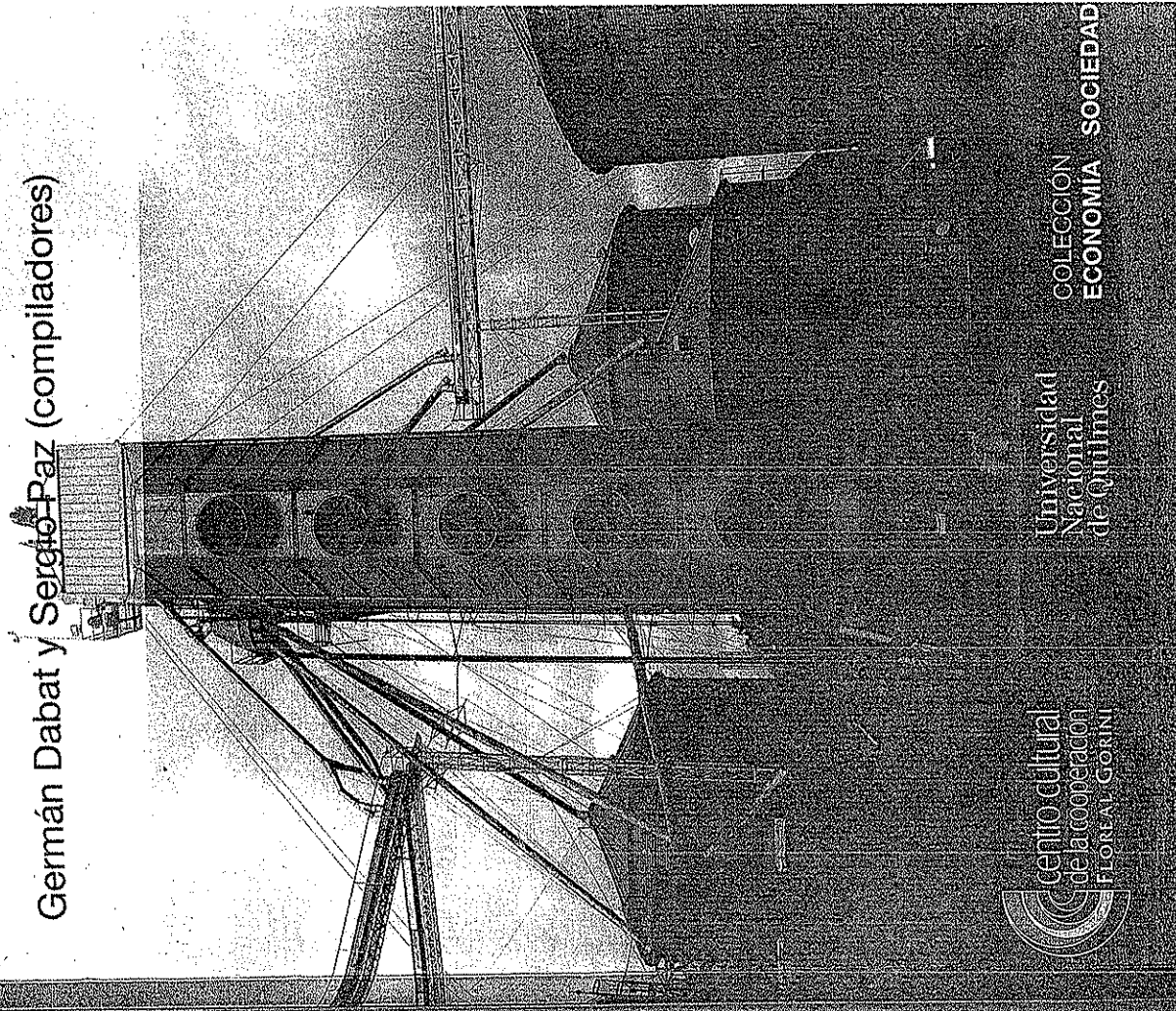
ISBN 978-987-1-6530-66-9

9 789871 653066



Universidad
Nacional
de Quilmes

COLECCIÓN
ECONOMÍA SOCIEDAD



bots_Servicio/R_servicio/Ganaderia_files/Robots%20en%20el%20sector%20ganadero%20EN.pdf>.

ICT-AGRI (2010), Analysis of existing research and future needs. <<http://db-ictagri.eu/ict-agri/files/ICT-AGRI-May10-Cemagref.pdf>>.

MINCyT (2008), Libro Blanco de la Prospectiva TIC.

Secretaría de Ambiente y Desarrollo Sustentable. Manual sobre Desertificación. <<http://www.ambiente.gov.ar/archivos/web/PCA/File/desertificacion.pdf>>.

Rovira Más, F. y otros (2010), Mechatronics and Intelligent Systems for Off-road Vehicles. Springer. London.

HM Government. UK Strategy for Agricultural Technologies (2013). <<https://www.gov.uk/government/publications/uk-agricultural-technologies-strategy>>.

Zhang, Q. and Pierce, F. (eds) (2013), Agricultural Automation: Fundamentals and Practices. Taylor & Francis. USA.

11. ACTORES AGRARIOS Y CONCENTRACIÓN PRODUCTIVA EN EL AGRO PAMPEANO. DIAGNÓSTICO Y PROPUESTA DE UN MODELO ASOCIATIVO ALTERNATIVO

*Javier Balsa** - *Natalia López-Castro*** - *Manuela Moreno****

Introducción

Desde la década de 1960, en el agro argentino se ha producido una serie de transformaciones que modificaron sustancialmente las formas de producción anteriores. Sin embargo, a partir de los años noventa, las nuevas tendencias y otras renovadas dieron lugar a esquemas socioprodutivos novedosos, que entraron en tensión con los anteriores.

Esta transformación ha sido posible por la combinación de cambios económicos y sociales a nivel global y una sustancial modificación en las formas de intervención del Estado (con una fuerte inclinación hacia la desregulación de ámbitos en los que había tenido

* **Javier Balsa.** Doctor en Historia por la Universidad Nacional de La Plata (UNLP) y Magister en Ciencias Sociales (FLACSO). Investigador Independiente del CONICET. Profesor Titular y Director del Centro de Investigaciones sobre Economía y Sociedad en la Argentina Contemporánea (IESAC) de la UNQ.

** **Natalia López Castro.** Licenciada en Sociología (UNLP); Magister en Estudios Sociales Agrarios (FLACSO) y Doctora en Ciencias Sociales (UNQ). Integrante del Centro IESAC-UNQ. Profesora del Departamento de Ciencias Sociales (UNQ).

*** **Manuela Moreno.** Licenciada en Sociología (UNLP). Maestranda en Estudios Sociales Agrarios (FLACSO) y doctoranda en Ciencias Sociales (UNQ). Becaria de Posgrado del CONICET en IESAC (UNQ).

un rol fundamental) que estuvo asociada con la imposición de una *episteme* liberal¹ y, en el plano específico del sector, un abandono de la preocupación por la cuestión agraria.

En tal sentido, el proceso de globalización ha implicado transformaciones en las agriculturas de todo el mundo, cobrando cada vez mayor importancia el capital transnacional, en el contexto de un declive de la regulación estatal en las últimas tres décadas (Llambí, 1993). Esto ha conllevado una redefinición de las formas de organización y de financiamiento, y una mayor incidencia de la industria dentro de la agricultura.

En el caso del agro argentino estos cambios han estado signados por el crecimiento acelerado de la producción agrícola, así como de las exportaciones de granos (fundamentalmente de soja y sus derivados) y el avance de la frontera agrícola. Todos estos fenómenos están ligados al aumento de los precios y de la demanda de *commodities* en el mercado internacional (por el crecimiento y la diversificación del consumo en países "emergentes"), el creciente empleo de materias primas para la producción de biocombustibles y la afluencia de inversores especulativos a los mercados de bienes primarios, entre otras cuestiones (Domínguez y Orsini, 2007).

Este avance extraordinario se dio en paralelo con una transformación de la intervención del Estado. A partir de la dictadura de 1976 se desarrollaron políticas contrarias a las pequeñas y medianas explotaciones (como la eliminación de los créditos subsidiados) y se desarticuló la estructura de regulación estatal del sector. Este proceso se acentuó en los años noventa, con la eliminación de organismos claves (como las juntas reguladoras de diversas producciones); la aplicación de políticas económicas e impositivas (como la supresión de los precios sostén, de las retenciones y la privatización de los servicios públicos), y la orientación hacia los "agronegocios" de instituciones tecnológicas, educativas y de desarrollo vinculadas con el mundo agropecuario. Todos estos procesos dieron como resultado que el agro pampeano (y argentino en general) se convirtiera en uno de los más desregulados y menos subsidiados del mundo (Basualdo y Teubal, 1998).

¹ El concepto de *episteme* implica una articulación entre saber y poder vinculada con la emergencia del discurso científico de la modernidad (Foucault, 1985).

Esta reorientación del rol del Estado no se dio "en soledad", sino que formó parte de la imposición de una nueva *episteme*, que tuvo impacto sobre las visiones en torno al desarrollo agrario argentino. En tal sentido, a mediados de siglo XX la sociedad debatía sobre la cuestión agraria, y la mayoría de los actores sociales pensaba al Estado como un actor planificador de un tipo de desarrollo agrario. A partir de los años setenta, esa preocupación comenzó a perder centralidad, al tiempo que se desplegaba una lógica que propone al mercado como organizador de la sociedad y que celebra al avance tecnológico como solucionador de todos los problemas del mundo rural, desplazando del centro de la escena al discurso agrarista que había predominado desde los años treinta (Balsa, 2012). En efecto, la discusión sobre qué desarrollo agrario era deseable dejó de ser una cuestión central y se produjo una redefinición del rol del saber, que fue quedando reducido a un conocimiento agronómico especializado en aspectos tecnológicos y productivos, orientado a favorecer fundamentalmente aumentos en la producción. Estos saberes se aplican sin mayor consideración de la diversidad agroecológica, social y cultural, y no se despliegan, a partir de una actitud crítica, opciones y estrategias de intervención que no sean las acotadas a acciones puntuales de tipo asistencial.

Teniendo en cuenta estas modificaciones en la estructura productiva y en la articulación entre saber, Estado y mundo rural, el propósito que orienta este capítulo es el de contribuir a reinstalar el debate sobre la cuestión agraria, e intentar, desde el campo del saber académico, repensar qué tipo de desarrollo agrario resultaría deseable para nuestra sociedad.²

El capítulo se compone de dos partes articuladas. En la primera parte, se identificarán cuáles son los principales rasgos de aquello que se ha caracterizado como un nuevo modelo en el agro pampeano actual, para lo cual tomamos en consideración tres rasgos principales: la

² La búsqueda de reinstalación del debate sobre la cuestión agraria no se plantea desde una posición de "resistencias marginales" dentro del esquema productivo dominante (ya que ese lugar marginal podría ser, incluso, funcional al modelo concentrador en tanto que la persistencia de pequeñas unidades podría asegurar, en el mediano plazo, la provisión de nuevas generaciones de peones para las tareas rurales). La clave consiste en identificar cuál podría ser la alianza de actores agrarios capaz de sostener un modelo alternativo que frene la concentración y que, a la vez, sostenga o incremente los niveles de producción.

producción asociada a la incorporación de un “paquete tecnológico”, la organización de la producción a través de vínculos contractuales entre los actores, y la tendencia hacia la concentración productiva. En la segunda parte, se avanzará en pensar una forma de organización asociativa de la producción, alternativa a la actual, que retome los elementos del modelo que han contribuido a mejorar ciertos aspectos de la producción, y deje de lado aquellos que han potenciado rasgos negativos.

11.1. Los rasgos característicos del desarrollo agrario actual

El nuevo modelo agrario se basa en una combinación de formas de organización de la producción, tecnologías, uso de la tierra y del territorio, y articulación entre actores sociales, conjuntamente con determinados factores macroeconómicos y de intervención del Estado que posibilitan su sostenimiento. Ya hemos comentado brevemente los factores contextuales y aquí nos interesa diferenciar analíticamente tres elementos que consideramos caracterizan al modelo agrario en la actualidad, y luego dar cuenta de cuáles son los principales puntos de tensión que implica.

11.1.1. La incorporación de nuevas tecnologías a partir de la aplicación del paquete tecnológico

Un primer elemento a señalar es que los esquemas productivos actuales están fuertemente signados por la incorporación de tecnologías de carácter novedoso. Ya desde la década de 1960 el desarrollo tecnológico ha promovido una serie de transformaciones a nivel productivo y social, que se incrementaron en los últimos años, dando lugar a una intensificación y expansión de la agricultura con un notable aumento de la producción de cereales y oleaginosas.³

³ En la década de 1980 la producción de cereales y oleaginosas promedió los 35 millones, hacia fines de los años noventa llegó a los 64 millones de toneladas. A partir del año 2000 continúa el crecimiento que en la campaña 2007/2008 superó los 96 millones de toneladas, mientras que en la última cosecha (2012-2013) alcanzó los 105 millones de toneladas.

Este proceso de expansión de la agricultura está vinculado, por una parte, con un crecimiento en la productividad impulsado por la incorporación de semillas híbridas y transgénicas, y la adopción de un nuevo “paquete” tecnológico;⁴ acompañado de una mayor capitalización (fundamentalmente de maquinarias con nuevas características, como la siembra directa) y nuevos tipos de manejo agronómico que posibilitaron, por ejemplo, la doble cosecha. Estas incorporaciones dieron como resultado aumentos crecientes de producción sustentados en cinco cultivos: trigo, maíz, sorgo, girasol y, principalmente, soja.⁵

Desde el punto de vista del trabajo involucrado en el proceso productivo, la asociación entre la nueva maquinaria y el “paquete” tecnológico tiene tres consecuencias que es interesante evaluar. En primer lugar, conlleva una reducción sustantiva del tiempo dedicado a cada campaña, el costo del personal y algunos gastos fijos (combustible, uso de tractor, etc.), y una simplificación de la gestión de las explotaciones (Hernández, 2007). Sin embargo, esta simplificación reduce la posibilidad de inserción de la mano de obra familiar en la dinámica productiva de las explotaciones.

En segundo lugar, la aplicación del paquete requiere de cierta maquinaria que es relativamente costosa, así como una gran cantidad de insumos externos, cuya combinación tiende a disminuir los ingresos netos de las explotaciones, empujando el incremento de la escala mínima necesaria para sustentar una familia (lo cual facilita el proceso de concentración). Si bien es posible incorporar la maquinaria por

⁴ El “paquete” se basa en la combinación de glifosato, siembra directa y semilla transgénica. Al igual que con lo que aconteció con la siembra directa, el consumo de glifosato creció el 199%, entre las campañas 1992/93-2006/07. En el caso de la semilla transgénica de soja resistente a dicho producto en la campaña 1996/97 el 1% del total implantado con soja en Argentina fue realizado con semillas RR5; seis campañas después, el uso de esta variedad se hizo masivo, representando en 2002/03 el 95% del total de las semillas utilizadas (Domínguez y Orsini, 2007).

⁵ A principios de los ochenta, la soja representaba el 10% de la producción total de granos; diez años después llegaba al 28%. Desde el 2002 la soja representa, con fluctuaciones entre años, aproximadamente el 50% de la producción total de cereales y oleaginosas. La expansión de la siembra directa, la liberalización de la soja RR en 1996 y el uso del herbicida glifosato generaron este gran crecimiento de la producción de soja, que se explica por el crecimiento de la superficie y en menor medida en los rendimientos (Dávila, 2012). Argentina se ha transformado en uno de los principales países en que se impulsan los cultivos transgénicos.

medio de la contratación de servicios (efectivamente se está haciendo de tal modo, y es ello lo que explica la expansión de la tercerización de servicios en unidades de distintos tamaños), resulta un proceso contradictorio. La contratación de servicios de maquinarias, a la par que resuelve el problema de mecanización en unidades que de otro modo no podrían acceder a los equipos, también amplía los volúmenes de capital circulante necesarios para el funcionamiento de las unidades (incrementando la dependencia externa), y reduce, aún más, la posibilidad de inserción de la mano de obra familiar en las tareas agrícolas.

Y, en tercer lugar, la aplicación del paquete tecnológico implica una redefinición del tipo y lugar del conocimiento. Estos elementos productivos contienen nuevos saberes vinculados con un proceso de cientificación, que implican la incorporación de trabajo complejo (Dabat, Paz y Cuello, 2012: 94). Si bien estas incorporaciones han permitido mejorar diversos aspectos de la producción y le han otorgado un rol central a los profesionales del sector (ingenieros agrónomos, administradores de empresas, economistas, biotecnólogos, etc.), los conocimientos codificados han avanzado en detrimento del saber-hacer de los productores agropecuarios y los han colocado en una situación de mayor subordinación respecto de las empresas productoras y difusoras de las nuevas tecnologías, como las semilleras y los proveedores de insumos.

El "paquete" también ha sido un factor de limitación de la investigación en tecnología en el país, ya que el desarrollo productivo se basa en conocimientos agronómicos de protocolo que prescriben cómo proceder y qué hacer en cada caso, con lo cual se trata más de una "adaptación" que de una generación de conocimientos tecnológicos propios (Gras, 2013). En esta línea se podría decir que si bien los actores con saberes expertos tienen un rol importante, no se trata de un papel creativo ya que los profesionales (especialmente los ingenieros agrónomos) se desempeñan más como difusores (o bien adaptadores) del conocimiento generado por otros, que como productores de saberes nuevos.

En síntesis, el paquete implica cierta pérdida de control del proceso productivo por parte de los productores e incluso de los profesionales, por la subordinación del saber a la lógica del capital concentrador, propia del capitalismo cognitivo (Vercellone, 2011). Este rasgo particular del modelo productivo actual se articula con otro de mayor

novedad, que explica los esquemas de organización de la producción a partir de vínculos contractuales entre actores, punto que trataremos en el siguiente apartado.

11.1.2. Nuevas formas de organización de la producción basada en vínculos contractuales entre distintos agentes

Un segundo punto que nos interesa resaltar respecto de las características que presenta el modelo agropecuario dominante en la actualidad se relaciona con la organización productiva con base en vínculos contractuales (formales o informales) entre distintos actores, cada uno de los cuales desarrolla o aporta una parte específica al proceso productivo. En tal sentido, en las modalidades de organización históricas del agro pampeano, la propiedad de la tierra y el capital, la toma de decisiones sobre la producción, la dirección y la ejecución de las labores y tareas, el aporte del saber agronómico, entre otros, estaba a cargo de uno o unos pocos actores. En las nuevas formas, las tareas o tramos del proceso productivo son desarrollados por diversos actores (Bisang, Anlló y Campi, 2008). Sin embargo, estas nuevas modalidades asumen diferentes formas, que van desde empresas organizadas completamente de este modo a explotaciones que aplican solo algunas articulaciones con otros actores. En tal sentido, encontramos, en un extremo a las megaempresas, y en el otro extremo, a las unidades familiares de diferente escala, que utilizan de un modo parcial algunas de estas estrategias.

Las megaempresas desarrollan la producción por medio del arrendamiento de tierras (relacionándose con varios rentistas), tercerizan todas las labores (vinculándose con diversos contratistas), buscan asesoramiento agronómico (con lo cual contratan profesionales consultores), en muchos casos trabajan en distintos espacios (y por eso requieren de encargados zonales), y se financian por medio de aportes de capitales fundamentalmente extrasectoriales aunque también incorporen capitales agrarios (por esto tienen inversionistas de distintas escalas y tipos, que van desde sectores urbanos que invierten sus ahorros hasta fondos de inversiones, bancos, empresas nacionales o internacionales). Dentro de este tipo de actores están, por un lado, los *pools* y los fondos de inversión agrícola y, por otro, también las grandes empresas que tienen su origen en la actividad agropecuaria o

en otras instancias como venta de insumos o acopiadoras, pero que fueron expandiéndose hacia la actividad primaria. En el primer caso, se trata de aquellas organizaciones que si bien tienen antecedentes en las décadas anteriores, cobraron mayor relevancia con la expansión de la agricultura (sobre todo de la mano del incremento de la producción de soja) (Posada y Martínez de Ibarreta, 1997).⁶ Su puesta en marcha se estructura con aportes de tierra, bienes o dinero, en que los involucrados se ven afectados a un negocio y se reparten las utilidades. Estas modalidades incluyen desde la “unión transitoria” de productores chicos o medianos para encarar una campaña en conjunto hasta las operatorias de grandes empresas.

En el segundo caso, se trata de empresas que participan tanto en el mercado local como en otros países del Mercosur (como por ejemplo, Los Grobo, El Tejar, Cresud, Adecoagro, etc.).⁷ Una de sus características es que integran la instancia primaria de la producción con la cadena proveedora de insumos, bienes o servicios, o hacia la comercialización e industrialización de los productos agropecuarios

⁶ Si bien existen importantes limitaciones para poder mensurar este tipo de actores en la producción, existen algunas estimaciones sobre su incidencia. Algunos autores señalan que para el año 1997 entre un 15% y 20% de la superficie de la región pampeana era sembrada por *pools*, y que existían aproximadamente 130 de estas formas de organización productiva, de distintos tamaños (Posada y Martínez de Ibarreta, 1997). La Asociación Argentina de Consorcios Regionales de Experimentación Agrícola (CREA) ha señalado que la superficie controlada por los *pools* de siembra se quintuplicó entre los años 1997 y 2002 (de 400.000 hectáreas en 1997, a 2 millones en el 2002) (citado en Giarraca y Teubal, 2010: 210). Según Gustavo López, consultor de Agritrens en la Argentina, los *pools* siembran entre el 6 y 10% de la superficie total, es decir, entre 1.8 y 3 millones de ha (Barsky y Dávila, 2008).

En estudios más recientes en el partido de Saliquelló se detectó que, para el año 2007, de las 75.294 hectáreas que se dedican a la producción agropecuaria, los *pools* de siembra trabajan 13.117 (Censo de Propietarios Rurales, Saliquello, 2007). Estos datos muestran que los *pools* constituirían una forma productiva de importancia. Sin embargo, existen también referencias como una investigación realizada por el INTA y la Universidad de Toulouse en la provincia de Entre Ríos en el año 2012, que señala que los *pools* ocupan un lugar muy reducido en el contexto provincial: sumando los de base local y extra local son solo el 3% de los actores del sector y explican un 7% de la superficie sembrada en la provincia (INTA, 2012).

⁷ Algunos trabajos estiman que se trata de unas cincuenta sociedades que manejan alrededor de 1,3 millones de ha y facturan 1000 millones de dólares anuales (Barsky y Dávila, 2008).

(Piñeiro y Villareal, 2005).⁸ Se diferencian internamente por la escala que alcanzan, encontrándose entre ellos desde titulares de empresas que operan 10.000 hectáreas hasta “megaempresarios” que superan las 100.000 hectáreas (Grosso *et al.*, 2010; Murmis y Murmis 2011; Gras 2012).

Aunque se trata de dos actores diferentes, estas grandes empresas y los *pools* tienen elementos en común, que los diferencian de otros dentro del sector: la importancia de los aspectos financieros y la posibilidad de captar capitales extraagrarios (que les otorga una mayor capacidad de financiamiento respecto a otros productores); que aprovechan las economías de escala, generando mayores ganancias por reducción de costos⁹ en las transacciones comerciales más que por incremento de la productividad; la posibilidad de diversificar los riesgos, arrendado explotaciones en distintas zonas y produciendo diferentes cultivos (Basualdo, 1996); la posibilidad de ofrecer mejores cánones de arriendo (por tanto, obtener las mejores tierras y desplazar a otros productores); por último, una de las principales fortalezas de estas formas de producción es el manejo y gestión de la “información de mercado” (saber quién dispone de tierras para alquilar, sobre quién y cómo presta servicios agrícolas, con quién asociarse para garantizar la lógica de suministros de insumos, dónde almacenar, comercializar y quién y a qué precio puede financiar, etc.), y la gran capacidad de movilizar actores a través de la “confianza” y en ocasiones asociándolos a los resultados (Guibert *et al.*, 2011).

Estos agentes que se encuentran en el centro de la escena como protagonistas de la concentración productiva y que han sido señalados como “la punta de lanza de la innovación tecnológica”, en realidad, en la mayoría de los casos no invierten en maquinarias (es decir, de capital fijo), ni en saberes agronómicos por fuera de los parámetros del paquete tecnológico disponible para el conjunto de los productores. Su aporte

⁸ Como señalan los autores, una cuestión a tener en cuenta en este tipo de actores es que no es lo mismo una empresa que se diversifica haciéndose responsable del acto productivo, que sería el caso que estamos considerando, es decir, una empresa agrícola o agropecuaria, que una empresa que participa aportando insumos en un fondo de inversión, con lo cual se trataría más de un inversor que un tipo de empresa productora.

⁹ Algunos estudios señalan que este tipo de empresas logran diferenciales en sus costos de labores e insumos de alrededor del 25% en comparación con los precios de mercado (Fernández, 2010).

se centra principalmente en las capacidades de gerenciamiento global y el acceso al capital financiero.

Cabe aclarar, que además de estos actores que hemos caracterizado, existen otros agentes que si bien no han adoptado completamente esta nueva lógica de articulación productiva, incorporan algunos de sus elementos. Algunos de ellos han logrado "subirse" al modelo y otros lo resisten desplegando otras estrategias productivas. Por un lado, estarían los grandes terratenientes y los medianos-grandes empresarios que se han expandido en las últimas décadas. Por el otro, los productores familiares que desde una posición menos articulada, forman parte y desarrollan algunas de las estrategias en cuestión.

En el caso de los *grandes terratenientes*, se trata de los actores que tiene una larga trayectoria dentro del sector, provenientes en general de familias "tradicionales", residentes en las grandes ciudades y que se dedicaban fundamentalmente a la ganadería, que debido a cuestiones de herencia y algunos factores políticos, durante el siglo XX fueron perdiendo peso dentro de la estructura agraria argentina.¹⁰ En términos de sus sistemas productivos, pueden reconocerse dos perfiles: uno que implica la combinación de ganadería extensiva y agricultura a cargo de terceros, y otro de intensificación de la agricultura (con abandono o reducción de la ganadería), que realizan ellos mismos incorporando un manejo empresarial (Grosso *et al.*, 2010). La forma de tenencia es propiedad en su totalidad (aunque eventualmente alquilen a otros una porción menor de hectáreas). De este modo, este tipo de actores ha incorporado, en muchos casos, la tercerización de servicios y, en menor medida, el arrendamiento de tierras.

¹⁰ En términos generales sobre la gran propiedad, a nivel nacional el CNA del año 2002 indicaba que existían 936 explotaciones agropecuarias de más de 20.000 ha que tenían bajo su control 35.514.388 ha o el 20% del total de la tierra de uso agropecuario (INDEC, 2002).

Respecto a los grandes terratenientes tradicionales, existen diversas estimaciones sobre el peso de estos sujetos en el agro más reciente. Según Eduardo Basualdo (2012) se calcula que los grandes grupos y familias agropecuarias tradicionales son 35 y reúnen un total de 1.564.091 ha (44.688 ha cada una en promedio), mientras que según las fuentes analizadas por Murmis y Murmis (2011) son 25 y detentan 1.675.000 ha (67.032 ha en promedio cada una).

Los que podríamos identificar como *productores medianos-grandes*, son empresarios que se expandieron en las últimas décadas.¹¹ En muchos casos, se trata de sujetos que agregaron al perfil familiar la contratación de asalariados,¹² la incorporación de tierras y, en algunos casos, de capital. Controlan explotaciones de distinto tamaño que están distribuidas territorialmente, aunque siempre dentro de las fronteras nacionales. Entre estos empresarios, predomina la propiedad de la tierra combinada con el arrendamiento. En general, se han expandido a partir de una importante incorporación de tierras¹³ y del aumento de su dotación de capital. Si bien contratan trabajadores profesionales, un rasgo característico de este tipo de sujetos es que conservan para ellos la toma de decisiones en cuestiones centrales para el desempeño económico de sus actividades. Además, aunque adoptan diferentes formas jurídicas, siendo una de las más frecuentes la Sociedad Anónima, mantienen cierto carácter familiar en su conformación societaria (Gras, 2013).

En el caso de los *productores familiares*, son actores que desarrollan formas de organización productiva que no se articulan plenamente con la lógica del agronegocio (aunque ello no dé lugar a cuestionamientos abiertos acerca de los modos dominantes de producción). En contextos que les son claramente desfavorables, la persistencia/resistencia ha sido posibilitada en gran medida por la implementación de esquemas productivos y de captación de ingresos diversificados (es decir, por la combinación de diversificación productiva y pluriactividad), cuando la mayoría de los otros productores han girado hacia

¹¹ Para dar cuenta de la importancia de este tipo de actores es interesante mencionar un trabajo reciente en la provincia de Entre Ríos, en la cual se da cuenta que esta categoría de actores es la más importante (57% del total relevado), ocupando el 44% de la superficie agrícola provincial (INTA, 2012).

¹² A nivel nacional, para el año 2002 la mitad de las empresas agropecuarias contrataban solo un asalariado permanente y explicaban solo el 11% de todos los asalariados que trabajaban en el sector del país. La mayor proporción de asalariados permanentes correspondía a unidades medianas con una dotación de dos a cuatro trabajadores permanentes (Lattuada y Neiman, 2005).

¹³ En el caso de la provincia de Buenos Aires, en el período 1988-2002 la cantidad de hectáreas que explotan las unidades de entre 500 y 1000 ha, combinando propiedad y arrendamiento aumentaron un 62% (aunque disminuyeron la cantidad de unidades), mientras que las de entre 1000 a 5000 ha aumentaron alrededor de un 50% tanto en cantidad de explotaciones, como en cantidad de hectáreas en dicho período (extraído de datos presentados en Murmis y Murmis, 2011).

una superespecialización de su actividad. La clave de los que sobreviven está en la conservación de bajos niveles de gastos, y la incorporación de algunos de los elementos del modelo dominante, pero bajo condiciones peculiares, como la contratación de servicios de maquinaria (especialmente para la cosecha), la capitalización a través de la compra de equipos usados, la inclusión de algunas tecnologías de insumos y el creciente papel del asesoramiento profesional, combinados con una fuerte diversificación económica (López Castro, 2012a y 2012b).

Los actores que hemos señalado hasta aquí se articulan en diferentes grados con el modelo dominante, más o menos atravesados por tensiones, pero hay otros (como los campesinos y otros productores familiares) que no se suman al modelo, pero se ven afectados por su dinámica, debido al proceso de concentración, que constituye el tercer rasgo que identificamos como característico de la matriz productiva actual, y al que nos referiremos a continuación.

11.1.3. La concentración de la producción

El tercer elemento que nos interesa resaltar como propio del desarrollo agrario actual es el carácter concentrador, proceso que afecta a distintos actores, tanto aquellos con posiciones más subordinadas dentro del modelo (los productores más pequeños y/o familiares) como aquellos que tienen otros esquemas productivos como el caso de las formas campesinas, lo cual resulta en la paulatina, pero constante disminución de la diversidad social y productiva del agro pampeano. Pero en esta región el proceso de concentración estaría afectando en las últimas décadas incluso también a los productores medianos. Esto se debe a que existen dos procesos asociados a la concentración. Por un lado, el que se ha dado en zonas ya dedicadas a la agricultura extensiva, donde se registra el desplazamiento de productores pequeños o mediano-pequeños. Por otro lado, la expansión de las grandes empresas se está realizando también sobre zonas extrapampeanas, tradicionalmente dedicadas a otras actividades, organizadas, en muchos casos, bajo formas de producción diferentes a las pampeanas. El corrimiento de la frontera agrícola se ha llevado a cabo, recurrentemente, a partir del desplazamiento violento de los pueblos originarios o de las comunidades campesinas.

La concentración es un fenómeno que se viene acentuando desde hace varias décadas, pero resulta pertinente diferenciar la situación en

los años noventa del período posterior a la devaluación del año 2002.¹⁴ En la década de 1990, el aumento de los costos de insumos y servicios agropecuarios incidió sobre la rentabilidad del sector, particularmente sobre las medianas y pequeñas explotaciones. De tal modo que, si bien la producción global del sector ascendió, la mayoría de los productores agropecuarios no se benefició con ello, ya que su situación patrimonial se encontraba comprometida debido, entre otros factores, a los altos niveles de endeudamiento (Basualdo y Teubal, 1998). Por el contrario, la devaluación de la moneda local en 2002 cambió la estructura de precios relativos en el agro y coincidió con un fuerte incremento de los precios de las materias primas en el mercado internacional.

En este contexto, se dio un aumento de la rentabilidad del sector agropecuario, que propició una mejora significativa en los niveles de ingreso de aquellos productores que lograron sostenerse en la actividad.¹⁵ Pero, coincidentemente, continuaron y en algunos casos se profundizaron los procesos de aumento de los costos productivos por la creciente dependencia de insumos externos, al tiempo que el incremento de la renta encareció notoriamente el alquiler de campos, dificultando el sostenimiento de estrategias que permitían a los pequeños propietarios expandirse, alcanzando mayores escalas. Como consecuencia, muchos pequeños propietarios se sintieron tentados a abandonar la producción y ceder en arriendo sus explotaciones, ya que esa opción les permitía obtener un ingreso en dinero similar al de la clase media alta urbana sin incurrir en los riesgos económicos que implica la actividad productiva.¹⁶

¹⁴ La concentración redujo entre 1988 y 2002 el número de explotaciones agropecuarias de 421.000 a 331.000 (un 21% menos a nivel nacional mientras que en la región pampeana la disminución fue de un 29%), fenómeno que afectó en mayor medida a las unidades de hasta 500 ha (un 25% en el total del país y un 34% en la región pampeana).

¹⁵ El nivel promedio de los márgenes brutos en dólares obtenidos por los productores primarios de cereales y oleaginosas pasó de U\$S 208,90 en 1991-2001 a U\$S 271,60 en 2002-2010. El margen bruto por hectárea en la producción agrícola en dólares constantes para el año 2010 fue casi un 11% mayor que el margen promedio para los años 2002 a 2006.

El poder adquisitivo en moneda local del sector agrícola se ha triplicado entre los años 1991 y 2010. El promedio para la posconvertibilidad es dos veces y media el de la etapa de convertibilidad (\$ 1.431,90 versus \$ 581,40) (Puechagut, 2012).

¹⁶ Los valores de la tierra en el núcleo productor de soja, compuesto por el Sur-Este de las provincias de Santa Fe y Córdoba, el Norte de la provincia de Buenos

De este modo, la expansión del modelo implicó fuertes procesos de concentración y la consolidación de nuevas formas de tenencia de la tierra, ya que la forma central de expansión de la producción ha sido por medio del arriendo, siendo esta una estrategia utilizada por grandes, pequeñas y medianas empresas.¹⁷

Este proceso de concentración surge de la existencia de capacidades diferenciales en la captación de los recursos de los diversos actores que mencionamos con anterioridad. Esto genera una serie de tensiones que adquieren diferentes modalidades y niveles. De modo que no solo existen resistencias por parte de los que han sido (o están siendo) desplazados por el avance de las formas de producción hegemónicas, sino que también existe una serie de tensiones al interior del grupo de aquellos que, con mayor o menor "éxito", forman parte del

Aires y el Sur de Entre Ríos, cotizaban para la venta, en el año 2012, en los u\$s 17.357 por ha y para el alquiler unos u\$s 552 por ha. Para el año 2013, los datos parciales indican que estará, para la venta, en unos US\$ 16.500 por ha, y para el alquiler u\$s 504 por ha (Zcolla, 2013). Como ejemplo de la situación de los rentistas, algunos trabajos han señalado cómo un propietario de 100 ha en el partido de Rojas (provincia de Buenos Aires) percibía en el 2008 "un ingreso mensual superior al salario promedio de los profesionales urbanos, o que triplicaba el de los asalariados urbanos no profesionales, sin trabajar" (Aronskind, 2010: 338).

¹⁷ En términos generales, entre los Censos Nacionales Agropecuarios (CNA) de 1988 y 2002, la cantidad total de tierras bajo arriendo aumentó un 52%. En tal sentido, se observa una disminución de la cantidad de hectáreas explotadas por sus propietarios (8,4 millones de ha menos), y un crecimiento de la superficie explotada bajo distintos tipos de contratos (arrendamiento, aparcería y contrato accidental), que pasó del 18% en el CNA 1988 a 25% en el año CNA 2002 (SAGPyA, 2003). Algunos estudios estiman que para mediados de la década del 2000, alrededor del 60% de la soja pampeana se producía en tierras alquiladas (Reboratti, 2010), y que actualmente siete de cada diez hectáreas se explotan bajo esta forma de tenencia (Gras, 2012). La Región Pampeana y el NOA presentan una significativa disminución de la superficie explotada bajo el régimen de propiedad (22% y 21% respectivamente), coincidiendo con las zonas de mayor expansión de la agricultura, mientras que la tenencia combinada se incrementa un 25% en la Región Pampeana y un 21% en el NOA, y la forma por contratos 31% y 50% respectivamente (Murmis y Murmis, 2011). En el caso de la provincia de Buenos Aires, la propiedad combinada y contratos puros representan casi la mitad de las explotaciones agropecuarias y presenta un crecimiento entre los censos 1988-2002. Asociado a ello aumentan en número y superficie las explotaciones más grandes: las unidades de entre 10.000 y 20.000 ha que combinan propiedad y contratos aumentaron un 177%. Este fenómeno adquiere mayores proporciones en la provincia que en el resto del país (Murmis y Murmis, 2011).

agro actual. De todos modos, estas tensiones no tienen necesariamente una traducción en conflictos abiertos entre actores, ni en oposiciones o cuestionamiento a las tendencias más importantes del desarrollo agrario actual.

La principal disputa es por el control de la tierra ya que es un recurso limitado en la región pampeana, pero también se lucha por controlar otros recursos que pueden ser incrementados, como la maquinaria disponible, el acceso al capital extraagrario (tanto privado como estatal), y las capacidades laborales (desde las gerenciales hasta las menos calificadas).

En la región pampeana, la principal problemática vinculada con la tierra tiene más que ver con el usufructo que con la propiedad de la tierra. En los primeros años posdevaluación, una amplia oferta de campos en arriendo y un bajo nivel de demanda propiciaron que los cánones de alquiler se mantuvieran relativamente bajos (en torno al 30% de los ingresos brutos que producía el campo), pero durante la última década, la expansión de los nuevos actores generó una disputa por el alquiler de tierras tanto con los pequeños productores (que históricamente lograban cierta escala arrendando algunas hectáreas a vecinos) como con los empresarios medianos que se habían expandido por medio del arriendo. Los megaempresarios, con capacidad de pagar mejores arriendos, fueron quitando los campos a estos otros actores, acotándolos a su propiedad y convirtiéndolos en productores "más pequeños" (lo que ha dificultado su continuidad económica, e incentiva el rentismo).

Por otra parte, el aumento creciente de los precios de la tierra genera una tensión entre los dueños de los campos y los productores. A medida que la competencia entre ellos se fue haciendo más fuerte, los cánones de arriendo se fueron incrementando. Los rentistas tienen hoy la oportunidad de dar en arriendo sus campos no solo a sus vecinos, sino también a grandes empresas que operan en cada zona con ingenieros agrónomos encargados de conseguirles campos para hacer agricultura. El costo de la tierra se ha incrementado de un modo exponencial, avanzando sobre los beneficios que reciben los productores que la arriendan.¹⁸

¹⁸ Se ha estimado que para la campaña 2012-2013, en una explotación de 500 ha (con un rendimiento de 26,7 qq/ha de soja), el 70% del ingreso neto sería renta del suelo apropiable por un propietario rentista, mientras que el 30% restante sería el beneficio que podría percibir un productor arrendatario (Zcolla, 2013).

Existe otro punto de tensión en torno a la tierra en el contexto pampeano, se relaciona con el interés y la capacidad de los rentistas de ejercer algún tipo de control sobre el uso que se hace de su propiedad, en términos de asegurar la no degradación del suelo.

Pero la tierra no es el único recurso que propicia discordias. También se genera cierta disputa por el recurso maquinaria, mediado en la figura del contratista de servicios. Como una gran mayoría de los productores no posee ya maquinaria propia, especialmente para las tareas de cosecha, casi todos pujan por obtener los servicios de los grandes contratistas de maquinaria que pueden realizar las labores con mejor maquinaria y, especialmente, con rapidez, en el momento adecuado.

Además, encontramos una tensión entre contratistas y empresas agropecuarias, sobre todo aquellas de gran tamaño (los *pools*, las grandes empresas agrícolas y los grandes terratenientes). Respecto de este tipo de actores, y debido a la "dependencia" que implica su vínculo productivo (por la cantidad de hectáreas que trabajan para ellos), los contratistas se encuentran en una posición de asimetría en las negociaciones de los precios, lo cual impone condiciones limitantes y muchos contratistas ven reducida su capacidad de sostenimiento o de expansión en la actividad.¹⁹

En relación con el aspecto financiero del capital y las tensiones en torno a él, históricamente los productores contaron con apoyos estatales a través del financiamiento específico a tasas negativas, muy importantes hasta los años sesenta (Fiorentino, 1984). Actualmente, muchos productores han superado las restricciones de financiamiento que condicionaban su continuidad en la actividad, pero eso no significa que hayan podido retomar la toma de riesgo financiero, y esto se ha debido en gran medida a la extraordinaria capacidad de captación de capitales que tienen las megaempresas, frente a las cuales no tienen posibilidad de competencia (de Martinelli, 2008 y Fernández, 2010).

¹⁹ En entrevistas realizadas por integrantes del equipo de investigación, algunos contratistas han señalado cómo, cuando tienen casi un único cliente, estas empresas les pagan por los servicios prestados alrededor de un 20% menos que los valores de mercado. Esta es una problemática planteada cada vez con una mayor insistencia por la Federación que nuclea a estos actores (FACMA) (véanse artículos en www.facma.org.ar). Los datos de los Fondos de Inversión corroboran estos números, e incluso parecen ser mayores, como lo señala de Martinelli (2013).

Más difusa es la disputa por las capacidades gerenciales de las personas formal o informalmente capacitadas para dirigir las unidades o subunidades productivas. Esto se vincula con el problema del reemplazo generacional en las explotaciones familiares e incluso, en los últimos años, de unidades empresariales pequeñas. Una de las claves que explica la capacidad de expansión de las grandes unidades es que tienen éxito en captar cuadros gerenciales con conocimiento profesional: individuos que prefieren ser sus encargados locales en vez de ser productores independientes. Aquí hay toda una cuestión cultural que se concreta en los problemas que tienen muchos productores para conseguir que sus hijos o hijas se hagan cargo de la explotación agropecuaria.

Por último, existe una disputa por la mano de obra, sobre todo la más calificada. Actualmente, resulta un problema el recambio de los trabajadores que dejan sus puestos de trabajo. Esto genera un problema en torno a quiénes ocuparán los puestos, ya que resulta cada vez más complicado encontrar personas jóvenes que se interesen por la actividad (por las implicancias que tiene) y que además tenga cierta experiencia en el sector. En parte las dificultades se relacionan con la pérdida a lo largo del tiempo de conocimientos específicos y de formación técnica en los ámbitos rurales y cercanos (por el virtual abandono a nivel nacional de la enseñanza técnica y agrotécnica en la década de 1990). Por otro lado, la residencia urbana de la mayor parte de la población, incluso de las familias que tradicionalmente vivían en el campo, impone una barrera para la ocupación de mano de obra. Pero sin dudas, son los salarios de convenio y las condiciones de trabajo los que en mayor medida no resultan elementos de "atracción" hacia la actividad.²⁰

²⁰ El salario inicial de un trabajador rural está entre los 3500 y 4600 pesos (según la categoría y tipo de producción). La cuestión de la capacitación es tema que aparece también entre las organizaciones de trabajadores (UATRE) los cuales desarrollan programas de formación vinculados con los cambios en el proceso productivo: en el uso y aplicación de agroquímicos, en el almacenamiento de granos en silo bolsa, e incluso para la operación y mantenimiento de tractores, etc. Sin embargo, la escasa sindicalización o de relación de los trabajadores con el sindicato no aportan en este sentido. En el año 2009 el Ministerio de Trabajo de la Nación difundió un informe en el que se planteaba que en promedio, el 60% de los peones rurales se encontraban en situación irregular, llegando la cifra al 80% para algunas actividades, mientras que a nivel nacional y para el conjunto de las actividades el promedio de personas en situaciones de empleo informal rondaba el 36% (información referida en diversas notas de los

La descripción que hemos realizado hasta aquí no solo es en virtud de dar cuenta de los rasgos de la organización del agro actual, sino también de identificar los elementos que han posibilitado un crecimiento del sector y cuáles profundizan los rasgos de concentración.

En el plano general, el proceso de concentración, debido a que su forma de reproducción principal tiene aspectos asociativos, no elimina del escenario agrario a todos los actores que ya no pueden estar a cargo de una unidad productiva. Los contratistas tienen un rol central en tanto agentes que permiten resolver las cuestiones de escala para incorporar nuevas maquinarias, al tiempo que el desarrollo de actividades de prestación de servicios ha sido una forma de reinserción o mantenimiento de algunos actores dentro del sector. En el caso de los rentistas, esta nueva lógica organizativa les ha permitido retener la propiedad de la tierra, otorgando una alternativa a aquellos propietarios que no podían sostenerse económicamente o que se desvincularon de la actividad por dificultades en el recambio generacional. En el caso de los profesionales, les ha otorgado una mayor inserción en el sector. Paralelamente, ha implicado una mayor incorporación de saber especializado, generando puestos de trabajo con nuevos requerimientos y calificación que pueden resultar atractivos para las nuevas generaciones, y ha permitido la captación de recursos extraagrarios para solucionar los problemas de financiamiento.

Sin embargo, la presencia de características asociativas no debería oscurecer la existencia de relaciones de subordinación y poder desigual, el rentismo desvinculado de la actividad, la lógica cortoplacista, la subordinación del saber agronómico a la lógica del capital, los impactos ambientales y la tendencia a la disminución de la diversidad social y productiva. Además, la expansión de este proceso de concentración produciría una serie de resultados negativos para la dinámica de la sociedad en su conjunto: una extremada volatilidad en los volúmenes productivos, dependiente de la rentabilidad que el capital, con una lógica financiera, pueda obtener como ganancias coyunturales en su puja con la renta del suelo apropiada por los propietarios; una drástica reducción de la circulación

diarios Página/12, Los Andes e InfoBae). La excepción tal vez sea la actividad tambera donde la alta carga horaria y el conocimiento del oficio son recompensados con muy altos ingresos, pero en general las condiciones salariales y laborales resultan precarias, hecho que se refleja en las cifras de empleo no registrado en el sector.

de capital en los ámbitos departamentales y en especial en las pequeñas localidades; además de la lógica desaparición de miles de productores, al quedar la producción en manos de unas pocas unidades productivas.²¹ Teniendo en cuenta lo planteado hasta aquí, a continuación ensayaremos una propuesta de esquema organizativo de la producción que recupere, resignificándolos, algunos aspectos del modelo actual, pero en clave de un desarrollo más inclusivo, que implique el cuidado del ambiente y la incorporación creativa de nuevos conocimientos.

11.2. Líneas para pensar un modelo de agro alternativo al vigente en la actualidad: la articulación de una forma productiva realmente asociativa

La propuesta que se desarrollará en este apartado plantea, por un lado, volver a colocar en el centro del modelo socioproductivo pampeano a las unidades familiares que hoy persisten y permiten producir de forma diversificada. Pero, por otro lado, atendiendo a que estas explotaciones familiares de integración vertical no podrían resolver la totalidad de la producción de *commodities* exportables, se elabora asimismo un esquema asociativo que permita articular la participación de otros agentes que forman parte del actual escenario agrario pampeano.

Se avanza así en delinear una forma diferente de organizar la producción agraria pampeana, haciendo hincapié en los actores que la protagonizarían.²² El planteo se vincula con formas de producción y gestión que es presumible que tengan un alto consenso entre muchos de los actores agrarios, en el sentido que articulan formas cooperativas (con presencia en las trayectorias pasadas de muchos de los pequeños y medianos productores pampeanos) y modalidades de gestión asociativas o "en red" que tienen, aunque con diversas formas de adaptación según los actores, una amplia difusión y aceptación como paradigma en el agro actual.

²¹ Las coyunturales retracciones de la superficie sembrada por los *pools* de siembra no implican un proceso de desconcentración, ya que paralelamente tiene lugar una constante expansión de los grandes productores.

²² En esto busca diferenciarse de ejercicios de prospectiva que se han ensayado hasta el momento (Plan Estratégico Agroalimentario y Agroindustrial-PEA2, 2010; UcyP-INTA, 2010), elaborados centrandos el interés en los volúmenes de producto a alcanzar y en términos productivos agregados.

Para poder realizar tal ejercicio consideramos a los actores haciendo hincapié en sus principales características distintivas y dejando de lado la gran complejidad que presentan de hecho. Es decir, el planteo resulta un esquema orientativo de cómo pensamos que podría organizarse la producción agraria pampeana, que no puede dar cuenta de las múltiples formas sociales implicadas en cada una de las categorías de actores. Por ello, no debería ser pensado o leído en términos rígidos sino dinámicos y flexibles, atento a la complejidad social, económica y ambiental que involucra la realidad agraria.

Los actores que planteamos como eje del modelo son las diferentes formas de producción familiar y los productores empresariales²³ medianos (con perfil familiar o no), que posibiliten nuevas formas de funcionamiento del agro pampeano.

La articulación de esquemas asociativos permitiría insertar a los diferentes actores en una situación de mayor horizontalidad y moderar, al menos, las situaciones de subordinación y vulnerabilidad de algunos de ellos. Y se podría pasar de relaciones definidas en términos de mercados de competencia a relaciones de vinculaciones asociativas, en que los diferentes actores sean partícipes de los emprendimientos productivos. Esto permitiría aprovechar las ventajas que logran las megaempresas armadas en forma de red, pero con un sentido de asociación y no de explotación. Así, podrían optimizar la eficiencia del uso de maquinarias por la incorporación de equipos de tecnología actualizada provista por contratistas de servicios; contratar asesoramiento técnico; captar recursos extraagrarios para financiar los emprendimientos, a partir de la acción de las cooperativas o el financiamiento estatal; incrementar la escala de las superficies operadas a través de la integración de socios propietarios, quienes además del ingreso obtenido por su participación y la preservación de su recurso suelo, podrían conservar un lazo más estrecho con la producción y así sentirse también incluidos en términos identitarios; incluir a los trabajadores asalariados en mejores condiciones

²³ El término empresarial se considera en términos amplios y no remite necesariamente a la inclusión de trabajadores asalariados como principal fuente de mano de obra dentro de las explotaciones (ya que en el caso de los productores medianos de perfil familiar los trabajadores familiares pueden seguir siendo los principales aportantes de mano de obra), sino a un modo de entender la actividad y al peso de una racionalidad formal (Weber, 1984 [1922]), más claramente asociada a la lógica y los objetivos económicos capitalistas.

de remuneración y condiciones de trabajo, con el incentivo extra que implicaría el compartir las ganancias de la producción.

A modo de ejemplo podemos plantear una asociación que trabajaría unas 3000 ha, resultantes de la integración de seis unidades de 500 ha, o doce de 250 ha, u otra combinación posible, con un perfil productivo que combine agricultura y ganadería (y tal vez alguna otra actividad, pero en principio presentamos un esquema más simple).

Para llevar adelante la actividad se recurriría a los servicios de contratistas de maquinarias, que accederían así a un cliente-grupal con escalas comparables a las de algunos *pools* de siembra, con el beneficio de articularse más equitativamente al sistema productivo, a través de la participación en la producción además del pago de montos fijos por las tareas realizadas (socio contratista). Además, se afianzarían lazos de mayor confianza y cercanía, con contratos más estables, de mediano a largo plazo, lo cual supondría una perspectiva de menor fluctuación e incertidumbre en la colocación de sus servicios.²⁴ Estos actores tendrían un papel bastante nodal en la red de producción asociativa, ya que además de poseer la maquinaria, cuentan (tanto ellos como los trabajadores a ellos vinculados) con conocimientos clave en cuanto a la producción, sus cambios recientes y las formas de trabajo. Su participación en esquemas asociativos permitiría cumplir esta función central en condiciones de mayor equidad y menor subordinación que la implicada en su articulación con grandes o mega empresas y fondos de inversión.

Los socios propietarios, por su parte, participarían aportando tierras con el beneficio de una mayor estabilidad en los contratos y la posibilidad de asociarse en el proceso productivo. El establecimiento de contratos por plazos mayores a los actualmente vigentes (en una importante proporción, son anuales) implicaría para estos actores no tener la necesidad de salir en la búsqueda de inquilinos todos los años y de renegociar bajo importantes condicionamientos. Además, los arreglos podrían incluir sistemas de reajuste de los montos percibidos por

²⁴ Como hemos señalado en el apartado anterior, los contratistas, si bien se encuentran altamente articulados al modelo actual, encuentran en él también ciertas limitaciones, por exceso de competencia entre ellos, debilidad de negociación con grandes empresas, altos costos, complicaciones con la mano de obra capacitada, etc., que podrían contrarrestarse a partir de su participación en esquemas asociativos.

variaciones en los resultados productivos, lo cual implicaría un mayor grado de asociación entre propietarios y productores arrendatarios. En esta línea, también podrían proyectarse instancias de mediación respecto del destino y el manejo del uso del suelo en las tierras arrendadas, tomando en cuenta el conocimiento del propietario sobre su predio y también la opinión de asesores agronómicos, para proyectar unidades productivas más sostenibles en el tiempo. También, podrían aportar algo del capital y el trabajo, volviendo a ser, de algún modo, socios productores.

Respecto de los trabajadores asalariados, existe en la actualidad (así lo muestran estudios realizados en diferentes zonas de la región pampeana) una dificultad para la captación de mano de obra capacitada y responsable. Estas formas asociativas podrían ofrecer trabajo más estable a un grupo de asalariados y, concomitantemente, mejores remuneraciones acordes a su mayor productividad, incorporando así a estos actores que resultan claves para el desarrollo del agro, en una posición diferente a la que tienen en modelo actual. Además, ser incorporados como asociados al proceso productivo generaría beneficios para los asalariados y un mayor grado de compromiso con el proyecto compartido. Los mecanismos a través de los cuales se podrían poner en práctica este tipo de esquemas serían la participación en las ganancias, en espacios de capacitación y en, al menos, algunos procesos de toma de decisión. En la medida en que los trabajadores pudieran ganar capacidad de acumular y se capitalizaran, podrían incluirse en las asociaciones como pequeños contratistas, encargados de unidades de capitalización o engorde de ganado, u otras actividades. Asimismo, podrían generarse asociaciones entre trabajadores capitalizados para arrendar tierras y producir, articulando con los demás actores, pero en condiciones de mayor horizontalidad aún.

Dentro del espectro de los trabajadores también se incorporarían en un papel de gran relevancia los trabajadores de dirección que, en general, son profesionales. Estos actores también resultan de suma importancia para asegurar el funcionamiento de un nuevo esquema productivo, y podrían insertarse en una forma de producción donde puedan tener roles de incidencia más activa en los procesos productivos y de proyección económica, dejando atrás posiciones más restringidas a la adaptación local de paquetes tecnológicos desarrollados por empresas nacionales y transnacionales.

El armado y la toma de decisiones podrían, en un esquema más simple, basarse en un acuerdo contractual básico. Como no hay más que una institucionalidad contractual que duraría el plazo del contrato, por ejemplo, cinco años, un mediador/organizador (por ejemplo, el ingeniero agrónomo) armaría los acuerdos y consensos necesarios. Otra opción, que también podría estar incluida en la primera opción para resolver "cambios sobre la marcha" que sean necesarios para adecuarse a las coyunturas, sería institucionalizar espacios de decisión, como podría ser una asamblea de socios u otras modalidades que podrían retomar las experiencias previas de programas como Cambio Rural o de grupos como los CREA. Esos espacios se responsabilizarían por la toma de decisiones productivas, financieras y de manejo, con el asesoramiento de un profesional agrónomo, elegido de común acuerdo y que cumpliría un rol fundamental en la implementación del proyecto común.

Por último, este modo asociativo de producción podría representar una alternativa para la colocación de dinero de inversionistas urbanos locales (de diferente escala, que podrían sumarse como socios, o simplemente como prestamistas), y con la integración de actores como las cooperativas locales, los bancos y entidades financieras y asesores en diferentes áreas. Dentro de este esquema podrían diseñarse proyectos de agregado de valor en origen o de servicios rurales no agrarios (como el turismo rural, entre otros). En este aspecto cobrarían especial importancia las políticas y entidades financieras públicas, ya que la existencia de un respaldo tal facilitaría la captación de recursos financieros extraagrarios locales que hicieran posibles los emprendimientos.

Estos esquemas asociativos, que podrían ser de diferentes dimensiones, desde pequeñas asociaciones a sociedades que manejaran emprendimientos de mayor magnitud, permitirían desplegar buena parte de los beneficios de la economía de tamaño que tienen las grandes capitalistas de articulación "en red", pero integrando a los participantes no como actores subordinados y explotados, sino como socios verdaderos de un emprendimiento colectivo. Además, en su articulación con otros actores y formas de organización productiva, podrían dar lugar a una matriz socioproductiva nueva, menos concentrada y más diversa.

El despliegue de estos nichos asociativos podría contribuir, asimismo, a dinamizar las economías locales y regionales y representaría una posibilidad para incorporar tanto a las nuevas generaciones de productores y demás actores involucrados directamente en la producción

primaria como a trabajadores y emprendedores de origen urbano (mano de obra más o menos calificada, desde operarios hasta asesores financieros profesionales, por ejemplo). Las economías locales y sus trabajadores podrían contar además con una mayor estabilidad laboral a lo largo del año, ya que la diversificación y complejización de la estructura productiva disminuirían las fluctuaciones de demanda laboral atadas a los ciclos agrícolas. En este sentido, promovería el desarrollo local por lo cual los gobiernos municipales deberían estimular la puesta en práctica de estas formas asociativas al tiempo que desestimular la presencia de las megaempresas.

El desarrollo presentado hasta aquí requiere tener en cuenta un aspecto que resulta condición necesaria para su posibilidad de concreción y mantenimiento en el tiempo. Nos referimos al rol que debe desempeñar el Estado (en sus diferentes niveles) para garantizar la proyección del desarrollo agrario y nacional en el largo plazo, ya que, coincidiendo con lo planteado por Dabat y Paz (2012: 61), "carece de sentido esperar que la mano invisible [del mercado] reoriente la inversión de acuerdo con las necesidades sociales y estratégicas de nuestro país". En este sentido, este modelo requeriría de una fuerte articulación con los gobiernos municipales, para poder discutir y acordar con ellos las opciones productivas, usos del suelo, el impulso de políticas que frenen el proceso de concentración productiva y de la tierra e instalar en las agendas públicas locales la necesidad de repensar el modelo de desarrollo agrario vigente y generar consensos y condiciones de posibilidad para formas alternativas de organización de la producción.

A nivel nacional, el Estado debería introducir una serie de medidas que fortalezcan su capacidad reguladora y fiscalizadora, y de control sobre la forma en que se desenvuelve el capital privado. Entre ellas se podrían señalar las normativas sobre los arrendamientos, sobre la cuestión de los desmontes y deforestaciones, regulaciones sobre las formas de ingreso y egreso de los capitales financieros al sector, el rol que tiene el Estado en la cuestión de la generación de tecnologías, etc. Paralelamente, las formas asociativas deberían recibir un tratamiento impositivo preferencial o bien subsidios para incentivar su conformación.

Los organismos del Estado vinculados con el sector deben ser claves en fomentar y fortalecer este tipo de asociaciones: se pueden desarrollar actividades de monitoreo e intercambio de experiencias (como los proyectos de Cambio Rural o los grupos CREA);

capacitaciones sobre cuestiones productivas pero también talleres de sobre gestión y vinculados con la problemática de los "recursos humanos" (como talleres de resolución de conflictos, manejos de grupo, liderazgos, etcétera).

Lo importante es que los espacios de decisión cuenten con la participación de los actores agrarios del modelo que, de un modo u otro, puedan reconocerse en la formulación de políticas. Esto le otorgaría legitimidad a las medidas y podría evitar mayores conflictos (o conflictos con todos los actores) a la hora de su implementación.

11.3. Comentarios finales

Consideramos que un esquema productivo de las características que hemos descripto presenta una serie de ventajas para el desarrollo local. En primer lugar, porque propiciaría la circulación de capital en los espacios locales y los procesos de acumulación ampliada a partir de la reinversión de las ganancias; además permitiría establecer una nueva lógica para la dinámica de las economías por la generación de nuevas posibilidades de empleo a partir de proyectos de agregado de valor que permitan ampliar el espectro de inserciones para las nuevas generaciones de productores, asalariados, contratistas y demás actores involucrados. Esto podría, a su vez, fomentar el arraigo de las poblaciones en sus territorios, descomprimiendo la concentración urbana macrocefálica actual.

En segundo lugar, constituiría una posibilidad de canalizar inversiones y reinversiones de capital tanto al sector agropecuario como a la economía urbana, a través de una institucionalidad pública fuerte que dé garantías a esas inversiones y facilite, por otro lado, el acceso al financiamiento estatal para proyectos asociativos de producción primaria e industrial.

En tercer lugar, permitiría resguardar los suelos, el agua y el ambiente en general a través de la implementación de esquemas productivos diversificados y atentos a los condicionamientos agroecológicos de cada zona, contando con una institucionalidad que resguarde los bienes naturales.

En cuarto lugar, posibilitaría recuperar el papel del asesoramiento profesional (agronómico y de otras especialidades) como herramienta

de articulación con el Estado, sus agencias técnicas y de financiamiento; y, respecto de los profesionales vinculados directamente con la producción agropecuaria, permitiría recuperar además un rol activo en el diseño de proyectos productivos de mediano y largo plazo y poder ejercer la profesión en términos más tradicionales y creativos.

Por último, este esquema productivo podría contribuir a propiciar relaciones socioeconómicas más horizontales y equitativas, a partir del fortalecimiento del asociativismo.

Para finalizar, nos interesa señalar que la propuesta asociativa presentada resulta, en las circunstancias actuales, difícil de imaginar para el corto plazo, pero el avance de las tendencias concentradoras del capital sobre el agro, con sus efectos socialmente inequitativos y ambientalmente y macroeconómicamente riesgosos (por la incidencia de la especialización productiva y económica), propicia escenarios en que las tensiones antes latentes empiezan a tomar forma y los riesgos de la matriz especializada se vuelven más evidentes, como lo muestra el incremento sostenido del precio de la tierra que ha llevado a la retracción de los grandes *pools*, y representan una oportunidad para volver a incluir la cuestión agraria y de los modelos de desarrollo en el debate nacional.

Referencias bibliográficas

- Aronskind, R. (2010), "Cambio estructural y conflicto distributivo: el caso del agro argentino", en R. Aronskind y Vommaro, G. (comp.), *Campos de batalla: las rutas, los medios y las plazas en el nuevo conflicto agrario*. UNGS-Prometeo, Buenos Aires.
- Balsa, J. (2006), *El desvanecimiento del mundo chacarero*. Editorial de la Universidad Nacional de Quilmes, Bernal.
- (2012), "Formaciones discursivas y disputas por la hegemonía en torno a los modelos de desarrollo agrario", en Balsa, J. y Lázzaro, S. *Agro y política en Argentina, vol. 1, El modelo agrario en cuestión, 1930-1943*. CICCUS, Buenos Aires, pp. 35-117.
- Barsky, O. y Dávila, M. (2008), *La rebelión del campo. Historia del conflicto agrario argentino*, Sudamericana, Buenos Aires.
- Basualdo, E. (1996), Los grupos de sociedades en el agro pampeano. *Desarrollo Económico* (36), N° 143, octubre-diciembre.

- Basualdo, E. (2012), Los propietarios de la tierra como protagonistas del actual paradigma productivo del agro pampeano. *Revista Voces en el Fenix* (12) N°3. Plan Fénix, Facultad de Ciencias Económicas, Universidad de Buenos Aires, pag 6-12, Disponible en: www.vocesenfenix.com
- Basualdo, E. y Teubal, M. (1998), "Economías a escala y régimen de propiedad en la región pampeana argentina", en *XXI Congreso Internacional de la Latin American Studies Association (LASA)*, Chicago.
- Bisang, R., Anlló, G. y Campi, M. (2008), Una revolución (no tan) silenciosa. Claves para pensar el agro en la Argentina. *Desarrollo Económico* (48), N°190-191, julio-diciembre.
- Dabat, G. y Paz, S. (2012), "Trayectoria tecnológica de la sojización argentina y equilibrio fiscal. Fortalezas y debilidades de un modelo apoyado en el monocultivo", en Dabat, G. y Paz, S. (coord.), *Paradoja de la soja argentina: modernización hacia el monocultivo*. CCC Floreal Gorini/UNQ, Buenos Aires, pp. 45-66.
- Dabat, G., Paz, S. y Cuello, M. (2012), "El cambio tecnológico en el agro argentino y su impacto en los costos productivos: reflexiones en torno a las políticas de desarrollo", en Dabat, G. y Paz, S. (coord.), *Paradoja de la soja argentina: modernización hacia el monocultivo*. CCC Floreal Gorini/UNQ, Buenos Aires, pp. 91-121.
- Dávila, M. (2012), "Cambio tecnológico en el agro pampeano y conflicto agrario". Ponencia presentada en *VII Jornadas de Investigación y Debate "Conflictos rurales en la Argentina del Bicentenario. Significados, alcances y proyecciones"*, 19, 20 y 21 de mayo de 2010. Universidad Nacional de Quilmes, Bernal.
- de Martinelli, G. (2008), "Pools de siembra y contratistas de labores. Nuevos y viejos actores sociales en la expansión productiva pampeana reciente", en Balsa, J., Mateo, G. y Ospital, S. (comp.), *Pasado y presente en el agro argentino*. Lumiere, Buenos Aires.
- (2013), "Las estrategias de producción de los Fondos de Inversión Agrícolas. Una mirada sobre las ventajas competitivas a través del análisis de la estructura de costos", ponencia presentada en las *XIV Jornadas Interescuelas/departamentos de Historia*, Mendoza.
- Domínguez, N. y Orsini, G. (2007), "Efectos del nuevo modelo productivo sojero sobre la estructura agropecuaria argentina: el caso de la provincia de Entre Ríos". Ponencia presentada en *V Jornadas Interdisciplinarias de Estudios Sociales Agrarios y Agroindustriales*, Facultad

- de Ciencias Económicas de la Universidad de Buenos Aires, 7 al 9 de noviembre de 2007, Buenos Aires, UBA/CIEA.
- Fernández, D. (2010), Concentración económica en la región pampeana. El caso de los fideicomisos financieros. *Revista Mundo Agrario* (11), N° 21. Disponible en: www.mundoagrario.unlp.edu.ar
- Fiorentino, R. (1984), "La política agraria para la región pampeana en las últimas décadas", *CISEA Doc. 5*, Buenos Aires.
- Foucault, M. (1985), *Las palabras y las cosas*. Planeta-Agostini, Buenos Aires.
- Giarraca, N. y Teubal, M. (2010), *Del paro agrario a las elecciones de 2009. Tamas, reflexiones y debates*. Antropofagia, Buenos Aires.
- Gras, C. (2012), "La consolidación del agronegocio en la agricultura argentina y la diferenciación de los estratos empresariales". Ponencia presentada en *XXX Congreso LASA*, San Francisco, California, 23-26/05.
- (2013), Agronegocios en el Cono Sur. Actores sociales, desigualdades y entrelazamientos transregionales. *desiguALdades.net Working Paper Series 50*, Berlin, desiguALdades.net International Research Network on Interdependent Inequalities in Latin America.
- Grosso, S., Bellini, M., Questa, L., Guibert, M., Lauxmann, S. y Rotondi, F. (2010), Impactos de los *pools* de siembra en la estructura agraria. Una aproximación a las transformaciones en los espacios centrales de la provincia de Santa Fe. *Revista de Estudios Regionales*, 6, 1, pp. 15-138.
- Guibert, M. et al. (2011), De argentina a Uruguay: espacios y actores en una nueva lógica de producción agrícola. *Pampa*, Revista Interuniversitaria de Estudios Territoriales, ISSN 1669-3299, N°. Extra 7, 2011.
- Hernández, V. (2007), El fenómeno económico y cultural del boom de la soja y el empresariado innovador. *Desarrollo Económico* (47), N° 187, octubre-diciembre.
- INDEC (2002), Censo Nacional Agropecuario.
- INTA (2012), *Cambios productivos y organizacionales en el sector agropecuario e implicancias territoriales. La experiencia de la Provincia de Entre Ríos (Argentina)*. Paraná, Centro Regional Entre Ríos-INTA/Université de Toulouse-Le Mirail.
- Lattuada, M. y Neiman, G. (2005), *El campo argentino. Crecimiento con Exclusión*, Colección Claves para Todos, Capital Intelectual, Buenos Aires.
- Llambí, L. (1993), Reestructuración mundial y sistemas agroalimentarios. Necesidad de nuevos enfoques. *Revista de Comercio Exterior*, México.
- López-Castro, N. (2012a), *Persistencia en los márgenes. La agricultura familiar en el sudoeste bonaerense*. Ed. Ciccus, Buenos Aires.

- (2012b), "Transformaciones sociales y procesos de diferenciación social de la producción familiar pampeana. Estudio sobre el agro del sudoeste bonaerense en las últimas décadas (Puán y Adolfo Alsina, 1988-2012)". Tesis Doctoral, Universidad Nacional de Quilmes. Inédita.
- Moreno, M. (2010), *La estructura de Vínculos Socio-Productivos en el agro pampeano. El análisis del partido de Pehuajó (2010)*. Tesis de Licenciatura disponible en Memoria Académica, FAHCE, UNLP.
- (2011), La estructura social agraria del Partido de Pehuajó (2010). *Revista Mundo Agrario*, N° 23. Disponible en www.mundoagrario.unlp.edu.ar
- Murmis, M. y Murmis, M. (2011), "El caso de Argentina", en *Dinámicas en el mercado de la tierra en América Latina y el Caribe. Concentración y extranjerización*. FAO, Roma, pp. 15-58.
- PEA2 (2010), *Plan Estratégico Agroalimentario y Agroindustrial Federal y Participativo*, Buenos Aires, Ministerio de Agricultura de la Nación.
- Piñeiro, M. y Villareal, F. (2005), Modernización agrícola y nuevos actores sociales. *Ciencia Hoy* (15), 87, pp. 32-36.
- Posada, M. y Martínez de Ibarreña, M. (1997), Capital financiero y producción agrícola: los "pools" de siembra en la región pampeana. *Realidad económica*, N° 153.
- Puechagut, M. (2012), Expansión y rentabilidad agrícola en la posconvertibilidad. *Revista Voces en el Fénix*, N 12, Plan Fénix, Facultad de Ciencias Económicas, Universidad de Buenos Aires, pp. 6-12. Disponible en: www.vocesenelfenix.com
- Reboratti, C. (2010), Un mar de soja. La nueva agricultura en Argentina y sus consecuencias. *Revista de Geografía Norte Grande*, 45, pp. 63-78.
- SAGPyA, (2003), Resultados definitivos del Censo Nacional Agropecuario 2002. Resumen ejecutivo. Subsecretaría de Economía Agropecuaria, Dirección de Economía Agraria. Disponible en: http://64.76.123.202/site/agricultura/analisis_economico/02-CNA_2002/_archivos/000001-Resultados%20Definitivos/000002_Parte%20II.pdf
- SAGPyA (2007), Informe Censo de Propietarios Rurales- Saliquello.
- Vercellone, C. (2011), *Capitalismo cognitivo: renta, saber y valor en la época posfordista*. Prometeo, Buenos Aires.
- Zeolla, (2013), "Costos y rentabilidad del sector agropecuario en la argentina actual". Informe especial de la "Cátedra Nacional de Economía Arturo Jauretche". Disponible en: http://www.weebly.com/uploads/5/9/6/3/5963196/nicolas_hernan_zeolla_costos_y_rentabilidad_agrop_actual.pdf